

Año. 12 No. 12. Semestre B de 2025 ISSN: 2322-9977

ERGOLETRÍAS



Universidad
del Tolima



ACREDITADA
DE ALTA CALIDAD

¡Construimos la universidad que soñamos!

Entre la cátedra y la penumbra: Vázquez Montalbán y la universidad



Manuel Vázquez Montalbán

Jennifer Paola Canizales Cardona

jpcanizalesc@ut.edu.co

Magíster en Pedagogía de la Literatura

Docente catedrática del IDEAD

Universidad del Tolima

Cuenta la historia que en aquel pasado tiempo en que sucedieron tantas cosas reales, imaginarias y dudosas, un hombre concibió el desmesurado proyecto de cifrar el universo en un libro y con ímpetu infinito erigió el alto y arduo manuscrito y limó y declamó el último verso.

Jorge Luis Borges.

Y su epitafio,

La sangrienta luna.

Francisco de Quevedo.

La foto es la evidencia misma de que hasta el ser humano más inteligente dispone de un rincón oscuro en su alma

para la más feroz estupidez.

-La estupidez es un mal menor.

La maldad. Eso es lo grave.

Vázquez Montalbán.

Jorge Luis Borges, al interpretar el soneto de Francisco de Quevedo: “Y su epitafio./ La sangrienta luna” (S.F.), expresa que, si bien es importante comprender el contexto en que vivió el poeta del Siglo de Oro —particularmente en relación con Don Pedro Girón, Duque de Osuna, quien murió en prisión, y a quien Quevedo habría dedicado ese epitafio como una forma de utopía poética—, no se trata

únicamente de agotar la esencia y el espíritu en la explicación del entorno. La poesía, como la vida, trasciende el contexto; lo que está en juego es algo más profundo: la interpretación de los valores simbólicos y existenciales que encierra la narrativa.

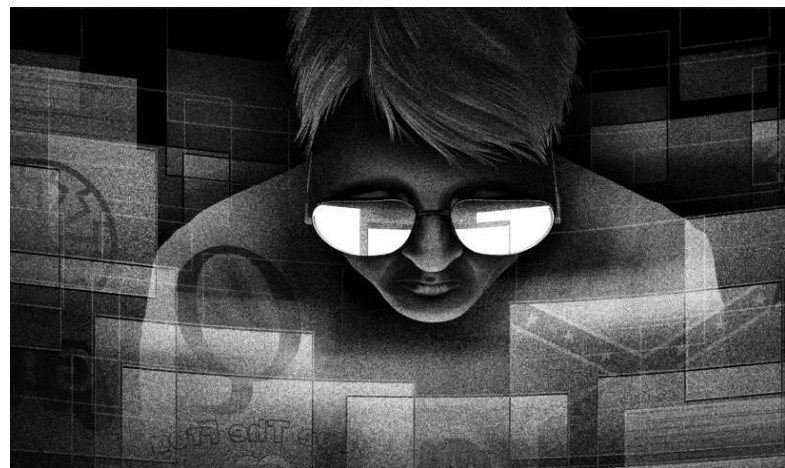
La novela corta de Manuel Vázquez Montalbán, *La vida privada del Dr. Betriú* (1982), se centra en un ambiente académico

y universitario: la Universidad Autónoma de Barcelona. Es narrada en primera persona por un docente que analiza los comportamientos y las actitudes de quienes lo rodean, aunque con el paso de las páginas, su atención se centra obsesivamente en el Dr. Tomás Betriu. El escritor construye un mundo universitario complejo, teñido de frustraciones, discusiones teóricas y contradicciones humanas: "Erotismo étlico intelectualizado, que fatalmente conduciría a algún *striptease* incompleto y a contactos más o menos furtivos entre matrimonios separables o a cargo de solteros con hambres atrasadas" (Vázquez, 1999, p. 277).

La novela narra vínculos entre intelectuales, adolescentes universitarias, profesores frustrados y melancólicos: "Hace un momento recordaba el viejo caserón, la vieja Universidad. Era todo muy diferente. Y nosotros también. Más reprimidos, inhibidos, cargados de miedos reales y abstractos" (p. 275). Discusiones teóricas sobre la idea de Economía de Marx y la mención de intelectuales de distinto orden ideológico:

Ellos pueden haber incurrido en un cierto reduccionismo lingüístico, pero vosotros los historiadores habéis caído en un reduccionismo lógico. - ¿De qué te ríes? -Te miro y no sé si hablas con la boca o con las tetas. - Imbécil. Machista de mierda" (p.268).

Los mismos vínculos, si bien pretenden regirse por la razón, están también atravesados por pasiones, sombras y excesos. El aula, la noche, la ebriedad, la soledad y la sospecha configuran un ambiente que pone en tensión la imagen del profesor como figura de autoridad y lo revelan en su dimensión más humana. En el relato, el profesor no es un ente superior, ni un modelo moral: es una figura fracturada, contradictoria, a veces oscura, y por ello, más real.



Aunque el protagonista es el Dr. Betriu, el centro simbólico es su vida privada -ese terreno normalmente vedado a los estudiantes y a la universidad misma-. Quien narra, desciende a ese ámbito como quien desciende a un hoyo: para iluminar lo oculto y revelar que, bajo la superficie académica, latan deseos, frustraciones, máscaras. La novela da un giro cuando el interés del narrador se vuelve una suerte de vigilia: una investigación que se entrelaza con la sospecha de feminicidios universitarios. La sospecha se vuelve obsesión, y la obsesión, método.

El Dr. Tomás Betriu visiblemente es un intelectual especializado en Dencás¹⁰ y el Fascismo Italiano¹¹, profesor de Historia General y del Seminario sobre Ideologías y Clases Sociales; pulcro en su forma de vestir, paño gris, paraguas, gafas y de contextura obesa. Pero su orden aparente contrasta con los enigmas que rodean su existencia. Como todo académico que habita la noche, la maestra noche, metáfora de lo no dicho, lo no visible, lo reprimido, Betriu, encarna una doble figura.

10. Militante español que desempeñó sus funciones en el Partido Político Español de 1931.

11. Ideología de noción totalitaria y nacionalista, liderada por Benito Mussolini durante los años 1920- 1943 en la Italia, que surge como una respuesta ante la crisis consecuente de la I Guerra Mundial.

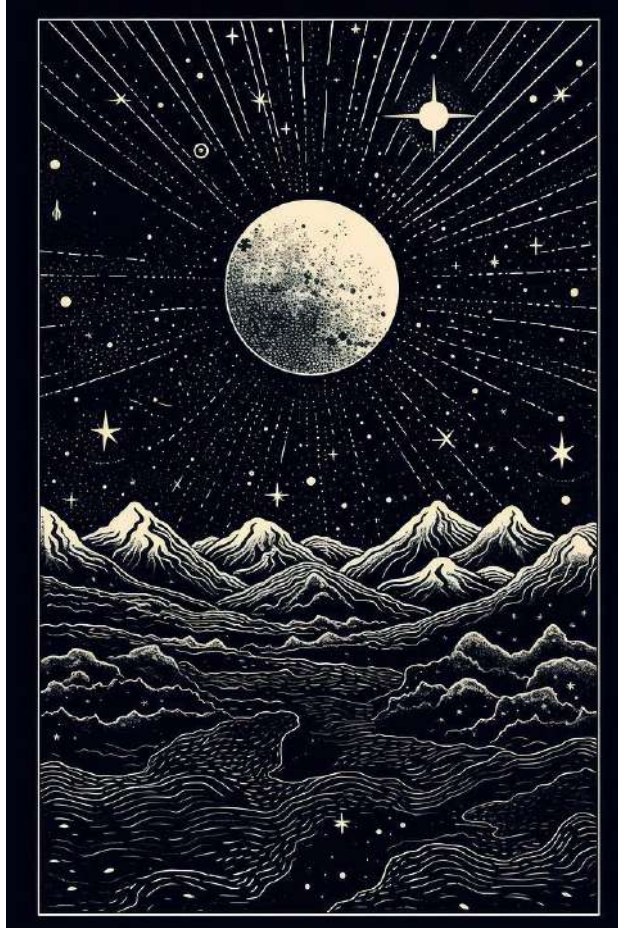
Recrear una constante simbólica como *la luna*, con sus fases y su carga mitológica, permite pensar la literatura de Vázquez Montalbán como una constelación del tiempo y de humanidad. Según Borges, la luna es la metáfora del tiempo, el espacio como espejo de la humanidad y las relaciones sociales. Así lo expresa en su poema, titulado de igual manera, a propósito de la noticia de la conquista de la luna por parte de los seres humanos: “Más que las lunas de las noches puedo/ recordar las del verso: la hechizada/ dragon moon que da horror a la balada/ y la luna sangrienta de Quevedo” (1974, p. 818).

La luna conserva lugares hechizados, lugares oscuros que el sujeto no puede imaginar o que sospecha. Los seres humanos guardan lugares no visibles. Aparece una y otra vez en la narración como espejo de estados emocionales del narrador y del sospechoso. No es solo iluminación en lo obscuro, sino guía de las transformaciones del Dr. Betriu, del voyerismo y del deseo inconfesable:

La luna llena tenía ojeras marcadas aquella noche, ojeras avinadas, del mismo vino que me duplicaba la sangre, y luego empezó a circular como un río espeso por el interior de mi cuerpo cuando me tumbé vestido en la cama (Vázquez, 1999, p. 278).

El Dr. Betriu, habita los márgenes de la ciudad. Vive junto a un convento, en una casa que evoca a la Edad Media¹², con un sótano que bien podría haber sido ambientado por un inquisidor. Allí se esconde un camerino con disfraces, espejos, pelucas y máscaras. Pueden imaginarse, incluso, olores putrefactos, vinculados entre su casa y el convento, como parte de un escenario que contempla los castigos más funestos.

Había abierto una pequeña habitación para trastos, semioculta por las estanterías de botellas de vino en su



interior, entre objetos destruidos, arcones, embutidos colgantes de cañas, se había conformado un camerino con tocador, espejo abombillado, un armario cerrado con persiana de madera dentro del que permanecían deshinchadas pelucas y barbas postizas” (p.p. 284, 284).

El espejo abombillado, es una forma simbólica semejante que significan Borges y Quevedo en sus versos, como el espejo de los seres humanos dentro de un tiempo tridimensional, que mutable desde los múltiples deseos, se esconden en la razón y el corazón de los sujetos: “Pitágoras con sangre (narra una/ tradición) escribía en un espejo/ y los hombres leían el reflejo/ en aquel otro espejo que es la luna” (1974, p. 819). Y para

12. Por un buen tiempo la luna, antes de los descubrimientos de Galileo Galilei, era considerada como la luz que Dios brinda a la humanidad, plenamente lisa y blanca. No obstante, luego del descubrimiento de astrónomo en mención, la luna es descubierta con cráteres, huecos, oscuridades y misterios.

Quevedo, un *alegato judicial* y unos *versos ambiguos* que enaltecen los valores humanos decadentes en una modernidad reflejada en el Dr. Betriu como el espejo opaco, hundido, deprimido y cavernoso de los hombres: “Esa luna de escarnio y escarlata/ Que es acaso el espejo de la Ira” (s.f.).

La noche, en esta novela, no es solo tiempo y espacio, es un personaje. Es en la noche donde el ser universitario se quiebra, se muestra, se transforma. Bajo la luna ocurre el miedo, la esperanza, la sospecha, el deseo. La universidad, en esta temporalidad, se convierte en otro lugar, no de títulos ni de discursos, sino de fragilidades compartidas. La luna como espejo del triple tiempo, el espacio y las oscuridades del alma de las personas como del Dr. Betriu, van también de la mano con las transformaciones sufridas cada noche: *el hombre lobo* guiado por la luna hacia un voyerismo incalculable en gratitud al alcohol:

Pero no conseguía impedir que viéramos la transformación de su persona, enfundada en un brillante traje de alpaca, culminada por una peluca. Incluso parecía más alto. [...] Tenía ganas de encontrar la carretera cuanto antes y cuando la encontró se lanzó a toda velocidad por un túnel de grises claridades delimitadas otra vez por la luna llena (Vásquez, 1999, p. 291).

El presente y último tiempo de la narración pone en escena la decadencia humana de la modernidad: el profesor que ataca al marxismo mientras bebe compulsivamente y persigue estudiantes; el narrador que espía, observa y deja ver su vulnerabilidad en sus hipótesis. La sospecha: ¿es Betriu el asesino de una estudiante de informática? ¿es un inquisidor simbólico contra todo lo

que representa el Capital y la Administración Pública? En otras palabras, el narrador y su amigo Sitjar, todo el tiempo lo siguen -sobrepasando los límites de la privacidad y la intimidad de profesor- porque sospechan que el Dr. Betriu, aparte de habitar las noches enteras en su sótano medieval, es el asesino de la universitaria.



Las épocas históricas tienen su propia oscuridad. Y el aula universitaria, con toda su luz académica, no está exenta de sombras. El Dr. Betriu no representa a todos los profesores universitarios, pero sí encarna la idea de que todo ser humano, incluso el más ilustrado, tiene sótanos, lunares, cráteres o grietas: “Los dioses han ocultado lo que hace vivir a los hombres” (Hesíodo, 1964). Las líneas de esta obra literaria representan también la idea barroca del banquete y del vino como símbolo de toda la historia de la humanidad, en donde la vida misma es un brindis desesperado y lúcido: “Bebe cabrón, bebe. Bebe y vive” (Vásquez, 1999, p. 297).

Así, *La vida privada del Dr. Betriu* (1982) narra no solo la caída de un sujeto, sino también las fisuras de una institución. El Dr. Betriu, con su sabiduría que huele a encierro y a libros viejos, encarna una universidad que ha transitado del esplendor a la sombra, desgastada entre el deber de formar y el peso de sostenerse. Pero incluso en su fragilidad, hay dignidad. En la penumbra de su oficina, bajo la luna observadora, el aula deja de ser solo un templo del saber y se transforma en un espacio íntimo, donde también el cuerpo se desnuda; cansado, sí, pero todavía capaz de preguntarse, de conmoverse... de sentirse.

La novela de Manuel Vázquez Montalbán configura en sus líneas el Ethos Universitario, se fortalece cuando bordea no solo la erudición, sino también la humanidad de quienes enseñan. No basta con saber, hay que saberse vivos, contradictorios, caminantes. Porque incluso en el sótano, ese lugar de encierro y desorden, puede surgir la posibilidad de una reconstrucción ética, sensible y colectiva. El escritor deja entrever que mientras exista la pregunta, todavía habrá Universidad.



Referencias

Borges, J. L. (1974). *Obras completas*. Buenos Aires: Emecé Editores.

Hesíodo. (1964). *Los trabajos y los días*.

De Quevedo, F. (s.f.). *Blog*. Obtenido de Rjgeib: <https://www.rjgeib.com/thoughts/militar/militar.html>

Vázquez Montalbán, M. (1982). *Tres novelas ejemplares*. Madrid: De bolsillo.

ERGOLETRÍAS



Universidad
del Tolima



ACREDITADA
DE ALTA CALIDAD

¡Construimos la universidad que soñamos!



MMVIII

Chavez